

Barcelona - Agosto. 76

HISTORIA DE LAS PERSECUCIONES

SUFRIDAS POR LA IGLESIA CATÓLICA

DESDE SU FUNDACION HASTA LA ÉPOCA ACTUAL;

CONTIENE UN EXÁMEN DETENIDO DE LAS CAUSAS DE CADA UNA DE ELLAS Y DE LOS CARACTÉRES ESPECIALES QUE PRESENTARON, DE LAS PRINCIPALES LEGISLACIONES QUE CONTRA EL CRISTIANISMO HAN REGIDO Y RIGEN; LA BIOGRAFÍA DE LOS TIRANOS Y PERSEGUIDORES Y DE LOS MAS ILUSTRES PERSEGUIDOS Y MÁRTIRES, CON INTERESANTES DESCRIPCIONES DE LOS LUGARES EN QUE SE LIBRARON LOS RÉCIOS COMBATES DEL ORGULLO HUMANO CONTRA LA VERDAD DIVINA DESDE EL CALVARIO, EN EL SIGLO PRIMERO, HASTA EL QUIRINAL, EN EL SIGLO ACTUAL.

OBRA ESCRITA POR

D. Eduardo María Vilarrasa y D. José Ildefonso Gatell

Cura propio de la parroquia de la Concepcion y Asuncion
de Nuestra Señora, en Barcelona.

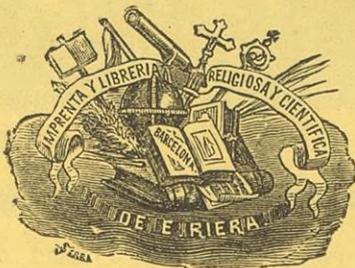
Cura propio de la parroquia de San Juan,
en Gracia (Barcelona).

É ILUSTRADA

CON MAGNÍFICAS LÁMINAS INTERCALADAS EN EL TEXTO.

PRÉVIA CENSURA DIOCESANA.

TOMO PRIMERO.



BARCELONA:
IMPRESA Y LIBRERÍA RELIGIOSA Y CIENTÍFICA
DEL HEREDERO DE D. PABLO RIERA;

calle de Robador, núm 24 y 26.

1876.

Cuaderno 16.

L47
1731

DE LAS PERSPECTIVAS

SUPLENDO POR LA IGLESIA CATHOLICA

CONTIENE UN EXAMEN DETALLADO DE LOS CARACTERS DE CADA UNA DE LAS ESCUELAS DE PENSAMIENTO QUE
PRESENTAN, DE LAS PRINCIPALES ERRORES DE CADA UNA DE LAS ESCUELAS DE PENSAMIENTO
Y SIGUE LA HISTORIA DE LOS TIPOS Y PROGRESOS Y DE LOS MAS NOTABLES PERSECUCIONES Y MARTIRES,
CON INTERESANTES DESCRIPCIONES DE LOS REYES DE LOS REINOS DE ESPAÑA Y DE LOS REINOS
LOS REYES DE ESPAÑA, DE LOS REYES DE PORTUGAL, DE LOS REYES DE FRANCIA, DE LOS REYES DE
EN EL SIGLO XVIII, HASTA EL SIGLO XIX.

OTRA ESCUETA POR

D. Eduardo María Vives y D. José Hódoro Giral

Los señores de la imprenta de esta obra son: D. Eduardo María Vives y D. José Hódoro Giral.

IMPRESION

CON MAGNIFICAS LAMINAS INTERCALADAS EN EL TEXTO

PREVIA CENSURA DIOCESANA

TOMO PRIMERO



BARCELONA:

IMPRESA Y LIBRERIA RELIGIOSA Y CIENTIFICA

DEL HEREDERO DE D. BARRA RIVERA

Calle de Robador, número 24 y 26.

1876.

Cubierta

de la fe cristiana. San Pablo le llama *especialmente querido*. Confirmó con su sangre la elocuencia de su predicacion. Confirmáronla tambien Olimpas, que fue obispo de Filipos, Rhodion, muriendo en el mismo día y acto que Pedro y Pablo en Roma, gracias al valor cristiano con que supieron declararse discípulos antiguos de Jesús en el algido período de la persecucion neroniana.

Aristarco acompañó tambien á JESUCRISTO, cuya doctrina propagó despues asociándose á los trabajos apostólicos de Pablo. Evangelizó especialmente la Grecia, y sobre todo la Macedonia. Fue blanco de los furores de la sedicion popular capitaneada por Demetrio contra los cristianos. La reaccion idolátrica le señaló como una de sus víctimas escogidas. El Apóstol



le llama compañero de cautiverio, como á uno de sus mas adictos coadjutores siempre y desvelados amigos. Los griegos comparan Aristarco á Juan Bautista por la sorprendente austeridad de sus costumbres, por su mortificacion ejemplar, por su habitual ayuno. Siguió á Pablo en el martirio como le habia seguido en Grecia, en la Judea y en Roma.

No es menos admirable el recuerdo de otro de los fieles secuaces de Pedro. Prisco, primer obispo de Capua, lleno del Espíritu Santo, impulsado por el ardor que CRISTO le comunicara con su presencia, se consagró á la destruccion de la idolatria. En las estribaciones del monte Tifat fijó su morada apostólica, deteniendo á los que iban á sacrificar en aras de la diosa Diana, y predicándoles la majestad del Dios verdadero. Su palabra era la de un elocuente tribuno, cuyo atractivo lenguaje conquistaba muchedumbre de gentiles. El éxito ex-

traordinario de su mision inflamó la envidia de los idólatras. Llevado en alas de pavoroso tumulto al tribunal proconsular, resistióse á doblar la rodilla ante una estatua inerte. Confesó allí la divinidad de JESÚS y defendió la dignidad del hombre con frases cuya inspiracion convirtió á sus acusadores, que se declararon discípulos de Aquel en cuyo odio perseguian. Mientras el santo atleta daba gracias á Dios por el conseguido triunfo fue herido de repente por la espalda, legando á la silla de Capua la palma del heroismo.

«Compañero de sus combates,» llama tambien san Pablo á Archipe. Varios martirologios le consideran obispo de los colosenses, y unánimemente es reputado discípulo y mártir de JESÚS.

Juan, el presbítero, estableció en Efeso su cátedra, que pronto fue gloriosa por su doctrina. Enseñó al Asia toda la verdad cristiana, de la que fue tan excelente maestro como fiel y directo discípulo habia sido del Redentor. Despues de haber sembrado la vida de la fe con su palabra, sembró la fe y las virtudes cristianas con su sangre.

La Fenicia oyó la palabra de Cuarto, otro de los setenta y dos, que vino despues dos veces á España, como á coadjutor primero de Santiago y posteriormente de san Pablo. Salamanca fue el centro principal de su predicacion. Como sus compañeros recibió el martirio en defensa de la fe.

Ilustre es el nombre de Abdias, primer obispo de Babilonia, verdadero apóstol de la Persia, en cuyo país introdujo á Simon y Judas. El valiente discípulo del Señor combatió infatigable las preocupaciones de la idolatría y de la mágia reinantes en aquellos países. Dotóle el Señor de esclarecido talento, que empleó en sólidas apologías del Cristianismo. La historia en hebreo escrita por él del martirio de los apóstoles Simon y Judas es uno de los documentos mas notables de la primitiva época. Su lectura fue semillero de valiosas conversiones. Créese perteneciera á la casa de Abdias, hijo de Isaías, padre de Semayas, uno de los jefes de la casa de David. Entre sus discípulos brilló Eutropio, escritor cristiano en el período de los grandes combates, á quien se atribuye el descubrimiento de la carta de Publio Sentulo, procónsul de Judea, hablando al Senado, de Nuestro Señor JESUCRISTO. Abdias escribió una historia de los Apóstoles traducida del hebreo al griego por Eutropio y del griego al latin por Julio el Africano. Aunque este libro goza de alta autoridad histórica, no pertenece al catálogo de los libros canónicos, como algunos infundadamente pretendieron (1). San Agustin se ocupa de este libro, «del que, dice, abusan los maniqueos en sus citas.» El cardinal Baronius consigna un juicio favorable á la verdad *en lo sustancial* de los relatos de la *Historia apostólica* por Abdias. Perrone reconoce en aquel libro el manantial de importantes documentos eclesiásticos. Es indudable el mérito científico de Abdias y la gloriosa reputacion que gozaba entre sus contemporáneos. La Persia le cuenta en el número de sus apóstoles, y Babilonia despues de haber recibido por mucho tiempo su predicacion derramó su sangre.

Lo que Abdias fue en Constantinopla fue Evodio en Antioquía. Pedro puso en las manos de este discípulo directo del Señor el báculo de la grey cristiana reunida en aquella ciudad importante reunida. Ignacio, el heróico mártir del Señor, decia á los antioqueños: «Acordaos de las virtudes de Evodio, vuestro primer pastor.» Compañero suyo en la mision de cristianizar el Asia fue Oneciforo. Como aquel, puede ser calificado de «uno de los mas distinguidos heraldos de la palabra evangélica.» Créese que se hallaba enlazado con vínculos de sangre á la familia de la emperatriz Trifena, originario y domiciliado en Icona, en cuya ciudad dió generoso hospedaje al Apóstol de las gentes. Hízose pronto grande por las limosnas que distribuía y por la proteccion decidida que otorgaba á los fieles. Participó de los consuelos evangélicos de Pablo y tambien de sus persecuciones y tormentos. *Derrame*, dice Pablo en su carta á Timoteo, *derrame el Señor su misericordia sobre la familia de Oneciforo, porque con frecuencia me ha socorrido, no sintiendo la afrenta de mis cadenas. Vino á Roma, búscome con ahinco y me en-*

(1) Sixto de Sena observa que una edicion alemana de la *Historia apostólica* de Abdias fue condenada por Pablo IV, á causa de ciertas explicaciones y proposiciones de su editor.

contró... *A ti te consta mas que á nadie cuántos servicios me prestó en Efeso.* Los idólatras se ofendieron de la eficacia de los trabajos apostólicos de Oneciforo, consiguiendo de Adriano, procónsul, la orden de azotarlo con Porfiro, su dependiente. En medio de aquel tormento los dos confesores bendecian á Dios. Asaron despues sus cuerpos y los arrastraron atados á la cola de un fogoso corcel. Así murieron aquellos dos ejemplares de fidelidad.

Como Oneciforo predicó entusiasta y constante Epafrodita la misma fe. San Pablo le llamó *coadjutor de su ministerio, compañero de sus fatigas.* Fue obispo de Terracina, instituido por san Pedro. Despues pasó á regir la Iglesia de los filipenses, tan querida del Apóstol de las naciones. La liberalidad de los filipenses para con Pablo mereció un testimonio de perpétua gratitud, consignado en una de las inspiradas cartas del Apóstol. Prisionero, indigente, enfermo, Pablo recibió de los creyentes filipenses dádivas puras y abundantes, que le fueron llevadas por manos de Epafrodita. *Dos veces me habeis enviado á Tesalónica los recursos de que carecía... Yo estoy enriquecido con los bienes que me mandásteis y que recibí de Epafrodita, como una oblation de excelente perfume, como una hostia que Dios acepta gustoso.* Así elogiaba el perseguido Apóstol al colega de sus persecuciones.

De otro discípulo del Señor hace mencion honorífica Pablo en su carta á los romanos, llámale tambien *su coadjutor en CRISTO*; eterna gloria será esta de Urbano. Este discípulo fue instituido obispo de Macedonia, donde plantó tan alta la bandera del Crucificado, que gentiles y judíos se coaligaron para acortar su vida preciosa. Cuán floreciente era la escuela cristiana de Tesalónica por Urbano dirigida, atestíguelo los muchos discípulos suyos que, despues de haber seguido su doctrina, quisieron acompañarle en su martirio. De la admirable pléyade de justos por él convertidos y fortificados, siguiéronle en los tormentos Teodulo, Agatofe, Mastesú, Publio, Valerio, Juliano, Próculo, Cayo, Agapito, Dionisio, Ciriaco, Zonizo y tres mas. Presentóse, pues, al Señor como un olivo cargado de frutos; como un campo lleno de bendicion. Tesalónica fue desde aquel dia como un colosal altar santificado por tantas y tan preciosas hostias inmoladas á la gloria del Altísimo.

Otro activo é influyente discípulo fue Judas-Barsabas, acompañante de CRISTO en la penosa peregrinacion. Su celo era tan puro y desinteresado, y su carácter tan discreto y con ciencia, que fue escogido con Silas por los Apóstoles á Antioquía para adherir aquella cristiandad á la decisiones del Concilio de Jerusalem. Lleno del Espíritu Santo, hábil en la predicacion evangélica, fecundo en conversiones, evangelizó mucho tiempo la Judea, hasta que partió con Pedro á Antioquía, y al año siguiente á Chipre, y despues á Roma, y luego á España con Epeneto, Marcelo, Apolinar, Bernabé y otros. De España regresó por África á Palestina, recorrió el Egipto, y llegó á Araru, ciudad de la Armenia, país fronterizo de la Mesopotamia. Los infieles pretendieron cortar el vuelo de la propaganda cristiana, obtenida por la elocuencia y el ejemplo de Barsabas, y llenos de furor colgaronle de un árbol y flecharonle. La rama del árbol en que murió fue para él la mas preciosa palma.

Maximino tuvo la gloria de pertenecer al número de los discípulos primitivos, segun atestiguan varios autorizados críticos. La energía con que confesó ante los judíos la divinidad de Nuestro Señor JESUCRISTO le valió el ser desterrado de Jerusalem, y embarcado forzosamente en peligrosa nave con la familia de Betania. Aportado milagrosamente á Marsella, fundó en Aix, ciudad de la Provenza, una cristiandad modelada segun las virtudes del Evangelio. Compañero suyo en la conversion de las Galias fue Marcial, llamado el Apóstol de aquellas regiones. Pedro le encargó el pastado de aquella grey. Tolosa, Burdeos, Cahors, los pueblos de la Aquitania y los que ocupan el estenso país que corre del Ródano al Océano, fueron por él aleccionados, muchos de sus habitantes convertidos, y todos admirados por los hechos portentosos con que confirmó la verdad de su doctrina. Fundó en la Galia cuatro sillas episcopales, fundamento de otras tantas iglesias. Afirman algunos historiadores que Marcial es aquel jóven á que aludió el apóstol san Andrés, cuando en el monte de la multiplicacion dijo á JESUCRISTO, solicitado de alimentar á la muchedumbre: *Hay aquí un jóven que tiene cinco panes y dos peces.* El

Redentor multiplicó su palabra con mas abundancia de la que habia multiplicado sus panes. En menos de seis años desarraigó la idolatría de los alrededores de Limoges, que escogió por lugar de su episcopado. Frente á frente los altares de los ídolos desautorizados levantó templos al Dios verdadero. Parece fue el primero que puso los templos cristianos bajo la proteccion de algun santo particular. En una carta, que se atribuye á su pluma, se consigna que «ha consagrado una iglesia y un altar al Dios de Israel, bajo la invocacion de Estéban, su testigo, á quien los judíos dieron muerte en odio á JESUCRISTO. No es á un hombre, sino á Dios, que en este templo se adora; pero la sangre del amigo de Dios, que inmoló su vida en su defensa, es la gloriosa decoracion de esta ara: *Cujus sanguine ipsa mensa decorata est.*» La influencia creciente de Marcial alarmó á los idólatras. Seis mil neófitos conquistó para CRISTO en un solo dia, gracias á la magnitud de sus prodigios. En Elsa resucitó á su colega Austricliano con el contacto del báculo pastoral que Pedro le regaló en Roma; en nombre de JESÚS devolvió la vida á un hijo de Nerva, pariente de Neron. Convirtió á la fe dos procónsules. Burdeos vió caer ante él todos sus ídolos, y constituirse públicamente un cuerpo sacerdotal numeroso. Cuarenta eclesiásticos fueron destinados por Marcial á apacentar aquella cristiandad modelo, que vió erigirse un hospital, albergue de quinientos indigentes. Graves persecuciones hubo de sufrir el santo discípulo para sostener la obra de su celo.

Marcial pertenecia á la tribu de Benjamin; era consanguíneo del protomártir Estéban; fue bautizado por orden expresa de JESÚS á los quince años de su edad con Zaqueo y José de Arimatea, el que sepultó al Señor. Sirvió á CRISTO con Cleofás en la cena última. Presenció la resurreccion de Lázaro y el ósculo de Judas al divino Maestro. Atestigua todo esto Aureliano, su discípulo, en las *Actas* de su vida.

Amaon y Cleofás fueron los discípulos que merecieron conversar con el Señor resucitado en su viaje á Emaus. De Amaon, dice Sepp que fue dotado del espíritu de profecía como sus compañeros Agab, Judas y Silas; que fue el mismo Ammias, que brilló como una antorcha encendida en la silla episcopal de Filadelfia. De Cleofás consignan las crónicas que fue martirizado en la primera persecucion por los judíos, á causa del entusiasmo con que confesaba la divinidad de JESÚS.

San Pablo, en su carta á los romanos, manda saludar á los que pertenecian á la casa de Narciso. Este, segun Doroteo, Hipólito y la crónica de Alejandria, era uno de los setenta y dos. «Esto, dice el abate Maistre, nos autoriza á convenir en que las casas de que habla san Pablo eran los principales lugares donde se congregaban los cristianos en Roma, presididos por algunos ministros de JESUCRISTO, sin duda los mas considerados, porque fueron instruidos por el mismo JESÚS. La asamblea presidida por Narciso, discípulo del Señor, llamábase la *casa de Narciso*, ó sea, *los que pertenecen á la casa de Narciso*. Así se llamaba tambien la casa de Aristóbulo, la casa de Fitólogo, la de Patrobas, otros discípulos del Señor. Eran aquellas las primeras parroquias de las grandes ciudades, donde los fieles, ya numerosos, necesitaban varios puntos de reunion; por lo que estableciéronse casas ó *paroikias*, servidas separadamente por sacerdotes elegidos por los Apóstoles.» Hemos visto que san Marcos habia constituido segun este sistema la Iglesia de Alejandria. Narciso fue despues obispo de Atenas. Los judíos y paganos coaligados martirizaron á Narciso inmortalizando su gloria.

Algunos críticos, entre ellos el citado Dr. Sepp, afirman que este discípulo fue el liberto, secretario del emperador Claudio, que tanta influencia ejerció en la casa imperial.

José el Justo, llamado tambien Bernabé, brillaba tan radiante en santidad y ciencia cristiana entre los discípulos, que los Apóstoles le eligieron como á candidato para ocupar la vacante, que dejó la traicion de Judas, en las doce sillas que debian juzgar al redimido Israel. Favoreció la suerte á Matías, mas no por esto dejó entibiar su celo por la fe cristiana. Eleutoropolis de Palestina le poseyó como obispo; catequizó, segun se cree, á Dionioso el del Areópago. Atribuyésele por algunos críticos un tratadito de *Pace et silentio*. Los judíos coronaron sus tareas apostólicas con la auréola del martirio.

Notable fue la doctrina y la santidad de Zenas, á quien san Pablo califica de doctor de la ley, y distingue nombrándole antes que á Apolo, que gozaba de gloriosísima reputación primero en la Sinagoga y despues en la Iglesia. Fue obispo de Diospolis, y Lidda, en Palestina, y soportó con divino valor las persecuciones de los judíos y gentiles. No léjos de Zenas brillaba con no menos esplendor otro discípulo llamado Lucio, de Cirene, contado por san Pablo como uno de los profetas y doctores de la Iglesia de Alejandria.

Discípulo de CRISTO y compañero de san Pablo fue tambien Eraste, que disfrutaba una posición oficial brillante, pues era tesorero de Corinto, segun unos, y de Jerusalem, como otros opinan.

Lo mismo que Mateo, dejó su lucrativo cargo para seguir al divino Maestro. Palestina y Macedonia fueron sucesivamente teatro de su celo. Derramó su sangre por la fe. Tambien Manahen abrazó la doctrina del Verbo, y aceptó el penoso ministerio de los evangelizantes á expensas de su brillante posición. Noble é ilustre fue su cuna; influyente era su familia. La casa de los Herodes se honraba con la intimidad de los Manahen. Su padre desempeñó la vicepresidencia de la Sinagoga en tiempo en que la presidia el famoso Hillel. Herodes hizo educar al hijo del vicepresidente del Sanhedrin por los mismos profesores que sus propios hijos, insiguiendo una costumbre entonces admitida de la comunidad de educaciou entre los príncipes y los aristócratas. Manahen, hijo, frecuentó la casa de Herodes en Galilea, hasta la ominosa muerte de Juan Bautista, ¿sublevó quizá los generosos sentimientos del ilustre jóven el espectáculo horripilante de aquella víctima sacrificada á la incontinencia de la régia crápula? No es inverosímil. Lo indudable es que Manahen dejó la gloria y la fortuna humanas para seguir al que fundó la bienaventuranza en la pobreza y en la mansedumbre. La Iglesia de Jerusalem le confió cargos de trascendental importancia. Junto con Simon el Negro y Lucio consagró á Pablo y Bernabé para el apóstolado de los gentiles. Esto pone fuera de discusión la preeminencia de que disfrutó entre los discípulos.

Tan grande como era por su posición social Manahen, lo era por su talento el discípulo Hermas. Mereció tambien el saludo oficial é inspirado del Apóstol. Su elocuencia en la predicación no era menor que la elegancia de sus apologías escritas. La iglesia griega conserva de él el célebre libro intitulado *El pastor*. La producción de Hermas reúne la esbeltez de las formas á la solidez de la doctrina.

Epafras brilla tambien en los anales de aquellos bellos dias, aurora de la fe en el universo, por el teson con que supo enseñar, santificar y combatir. Los colosenses le veneraron como á su obispo, y sus virtudes merecieron una sancion gloriosa en las páginas sagradas. Laodicea y Mierapolis oyeron de sus labios la confesion ingénua de la divinidad cristiana, siguió á Pablo en sus fatigosas excursiones, sufrió con él la prision dura en Roma, y derramó su sangre legando á la historia de la Iglesia hechos numerosos que revelan en él un corazón sobreabundante de cariño.

Á todos estos adalides del Cristianismo primitivo débense añadir Herodion, el incansable imitador de los grandes Apóstoles, que rigió la Iglesia de Patras en la Acaya, donde se inmortalizó por su predicación y por su martirio. Pablo le llamó su pariente en la carta á los romanos: *Azincrito*, apellidado el Grande por los cantos sagrados de los orientales, gloria de los Apóstoles, baluarte de la Hircania y luz de los pueblos, segun frases de los mismos orientalistas. La sombra de su báculo hizo germinar la fe en las regiones que se estienden desde la Siria á la Media, rociando con su propia sangre la semilla evangélica por su celo esparcida: *Plegon* Flegonio, del cual la himnología griega ha escrito:

*erroris ignem extinxit urentem Plegon
videtque mentes, quas David ignem vocat.*

Las iglesias orientales que dieron á Azincrito el calificativo de *Grande*, llamaron *Divino* á Plegon. La ciudad de Maraton le poseyó por obispo. Murió por la fe, despues de haberla

predicado por diversos países, Hermes, no menos glorioso que los anteriores, perteneció al número de los setenta y dos, según san Hipólito y otros. La tradición le venera como obispo de la Dalmacia, y los menologios orientales consignan que sufrió muchas injurias por el Evangelio, obteniendo el premio otorgado por el gran Dios á sus fieles servidores.

Apeles, Lucio y Clemente son considerados por el Oriente y el Occidente como otros tantos discípulos personales del Salvador. El paganismo y la gentilidad fueron los campos por ellos escogidos para desempeñar su misión extraordinaria. Esforzaronse sobre todo para iluminar el Asia, sumergida en las pavorosas tinieblas de la más crasa idolatría. Apeles episcopó en Esmirna, Lucio en Laodicea, Clemente en Sardes. No es regular que aludiera á estos celosos prelados el escritor del Apocalipsis, en sus advertencias á *los ángeles*, ú obispos de Esmirna, Laodicea y Sardes; pues el carácter apostólico de los tres discípulos les obligaría á no residir por mucho tiempo en un punto determinado, resultando que al escribir san Juan su inspirado libro, los tres báculos serían empuñados ya por sus respectivos sucesores. Á Lucio y á Clemente, como á Apeles, Pablo les saludó en sus cartas canónicas.

San Doroteo hace observar que Clemente fue el primero entre los griegos ó gentiles que creyó en JESUCRISTO en el principio de su predicación.

Silas ó Silvano, que muchos confunden en uno, y así parece confirmarlo la semejanza de los tipos que describen los que opinan que son verdaderamente dos, gozaba de la ciudadanía romana, y fue pronto reputado como uno de los *primeros entre los hermanos*, en cuya calidad le eligieron los Apóstoles con Judas-Bersabé para llevar á Antioquía las decisiones del sacro colegio. Acompañó á Pablo en la evangelización de la Siria, de la Cilicia y de otros países, pasando de ciudad en ciudad confirmando en la fe á todas las iglesias. Atravesaron la Frigia y la Galacia, é iban á penetrar en el Asia proconsular, cuando la mano del Señor les detuvo; sus habitantes no eran dignos de recibir la buena nueva; de la Mysia fueron á Troya, dejando la Bitinia también por orden providencial. Siguiéron por Trodes á Samothrace, á Macedonia, á Filipos. Allí, después de obrar ruidosas conversiones, vieron explotar un temible motin contra ellos: *Estos hombres, gritaban, turban nuestra ciudad, pues son judíos que intentan introducir un nuevo género de vida que nos está prohibido seguir á nosotros los romanos.*

Las turbas, consintiéndolo los magistrados, se arrojaron sobre ellos, rasgaron sus vestidos y los azotaron; redujéronles á prisión, de donde fueron librados por la presencia de un ángel que, conmoviendo los fundamentos de la cárcel, infundió motivada alarma á los custodios. En vista del portento, el carcelero se arroja á los piés de Pablo y recibe la luz del Evangelio. Obtenida la libertad consolaron y fortificaron á los creyentes, y partieron para Amfipolis y Apolonia, llegando á Tesalónica. Pablo y Silas sostuvieron la doctrina del Crucificado en aquella ciudad importante. Otro tumulto popular, suscitado por los judíos envidiosos, les obligó á esconderse y á huir de allí, llegando á Berea, hermoso sitio sobre el golfo de Tesalónica. Muchos hombres distinguidos y señoras considerables de Berea escucharon las enseñanzas de los ministros de JESÚS. Silas fué después á Atenas, donde Pablo le había precedido. Su ilustración y talento, su criterio y caridad valiéronle numerosas conquistas entre los atenienses, que, familiarizados con el gusto filosófico de las escuelas griegas, encontraron extraordinaria sublimidad en la doctrina cristiana, que aprendieron de labios de los nuevos adoctrinadores.

Silas ejerció el episcopado de Corinto, donde obtuve después del báculo pastoral la palma del martirio.

Jason y Sosipatro son llamados por san Pablo sus parientes; el primero gobernó episcopalmente la iglesia de Tarso, en Siria; el segundo la de Iconia, y según Orígenes también la de Tesalónica. Jason salvó á Pablo, hospedado en su casa, de la furia popular, que, según hemos visto, se presentó amenazante en las calles de Tesalónica: hombre de serenidad y de valor, defendió la misión de Pablo y Silas, sosteniendo que nada tenían de perturbadores públicos aquellos dos misioneros; que el reino de que hablaban era espiritual; que

CRISTO no era un rey temporal, sino el Rey de las almas; que no habia súbditos mas fieles al imperio de los césares que aquellos humildes predicadores. La influencia de la persona y de la palabra de Jason desvaneció las preocupaciones del pueblo y de los magistrados.

Jason y Sosipatro pasaron á Corfú, donde, detenidos por el procónsul ó gobernador de la isla, ejercieron en la cárcel su mision divina. Siete criminales allí detenidos, testigos de la santidad y poder de ambos confesores, escucharon la palabra de regeneracion y de vida. Pronto se hallaron decididos á sufrir tormento por su fe, y los siete, junto con el carcelero, que tambien se convirtió, fueron mártires edificantes. Los nombres antes despreciables y despues gloriosos de los criminales jefes de salteadores son: Faustiniario, Tannario, Marsal, Eufrasio, Inciscolo, Saturnino y Mamio. Todos murieron con Antonio, el carcelero, por haber resistido heroicamente sacrificar á los ídolos.

Los dos celosos discípulos del Señor, dotados de esclarecida inteligencia, no solo convertian á los sencillos, sino que tambien ilustraban á los sábios. Los argumentos del paganismo eran victoriosamente refutados por la dialéctica basada en el Evangelio, magistralmente emplead por ambos propagandistas; Dionisio el areopagita no ocultaba la impresion profunda que le causaban los discursos de Sosipatro, á quien dirigió una carta que contiene velada, pero significativa confesion de la superioridad del Cristianismo. Es un documento precioso que consignamos como á la mas valiosa glorificacion del apostolado del obispo de Iconia. «No considereis, querido Sosipatro, como un triunfo las invectivas contra un culto ó una opinion con apariencia no legítima. Algo le resta que hacer todavía á Sosipatro despues de haber juiciosamente refutado á sus vasallos; porque es muy posible que la verdad, que es una, pero oculta, se os escape á vos y á los demás confundida entre una multitud de falsedades y vanas apariencias. El que una cosa no sea negra no significa que sea blanca; no ser caballo no equivale á ser hombre. Seguid, pues, mi consejo: cesad de combatir el error y dedicaos á establecer de tal manera la verdad, que sean irrefutables las razones en que aparezca por vos apoyada.»

El sabio del Areópago confiesa en esta carta las profundas vacilaciones de su alma sobre la verdad del paganismo. Sosipatro logró sembrar en él con la duda sobre la idolatría el deseo de encontrar un sistema que la superara en razonabilidad. Lo que faltaba á Dionisio, sin conocerlo, es el último impulso de la gracia, que felizmente no se hizo esperar.

Al propio tiempo que Sosipatro sostenia con una lumbrera de la grande academia ateniense un glorioso certámen sobre la fe, su colega Jason discutia luminosamente con Papisus renombrado sabio de Alejandría. Los escritos controvertistas de Jason traducidos al griego por san Lúcas (1) gozaron merecida estima en los siglos I y II de nuestra era. Su célebre conferencia cristiana con Papisus, que Orígenes titula: *Contradiccion* á Papisus y san Jerónimo *Altercacion* llevó la fe al ánimo del obcecado disidente.

Nathanael formó parte, sin duda, de la fiel cohorte que acompañó al Señor en su peregrinacion. El Evangelio escrito por san Juan cuenta, que al verle venir JESÚS dijo: *Hé ahí un verdadero israelita en quien no cabe dolo*. Este venturoso discípulo, que tuvo á Juan por biógrafo y al mismo JESÚS por panegirista, fue testigo de los principales hechos de la vida de CRISTO antes y despues de la resurreccion. La extraordinaria prueba de estimacion que el divino Maestro le dió hizo concebir á algunos la idea de que Nathanael figuró entre los Apóstoles, aunque con diverso nombre, llegando á suponer unos que era Bartolomé y otros Simon el Cananeo. Pero Boronio, Tillemon, Maldonado y otros juzgan estas conjeturas destituidas de fundamento. Lo indudable es que Nathanael gozaba especial favor en el discipulado. Es universalmente admitido que Nathanael fue enviado á las Galias, despues de la Ascencion del Señor, rigiendo como obispo la diócesis de *Bourges*, creyendo algunos que para el ejercicio de su episcopado tomó el nombre de Ursino. Segun una tradicion primitiva Nathanael ó Ursino tuvo el privilegio de asistir á la cena pascual en la que JESÚS instituyó el

(1) S. Clem. ap. Eus. I, vi.

adorable sacramento de la Eucaristía, habiéndole el divino Maestro escogido para leer en aquel solemnisimo acto. Así se lee en un antiguo rezo de la diócesis de Bourges (1). Asistió al martirio de san Pedro en Roma. Evangelizó una gran parte de la Francia y de la España.

Ticico se llamaba otro de los cooperadores del ministerio evangélico. Hombre de espíritu modesto y de carácter decidido sirvió excelentemente á Pablo, que le utilizó como á mensajero en ocasiones difíciles. Tuvo la gloria de ser el portador de las cartas del Apóstol á Efeso y á Colosso, estas cartas cuyas copias son llevadas en triunfo en las misas solemnes y leídas con majestuoso canto, él fue el que primero las llevó á las cristiandades cuya fue la dicha de recibirlas. Pablo le confió la visita de varias iglesias, habiendo proyectado enviarlo á la isla de Creta, en sustitucion de Tito y á Efeso en ausencia de Timoteo.

La tradicion eclesiástica afirma que fue obispo de Colofon en una provincia proconsular del Asia; que gobernó asimismo la iglesia de Calcedonia en Bitinia y la de Neapolis en Chipre. Sufrió penosos trabajos por la fe.

Uno de los mas notables discípulos de JESUCRISTO fue Tito. Grande es la figura de aquel hombre eminente, que mereció asociar íntimamente su nombre á las colosales empresas del Apóstol de la gentilidad. Zenas, el discípulo de quien nos hemos ocupado ya, escribió la biografía de Tito, poseyendo un acopio de datos, que hacen sumamente precioso su trabajo. Según él, Tito era de la régia estirpe de Minos, soberano de Creta, y de una educacion é ilustracion á la altura de su rango. Desde su primera juventud se dedicó al estudio de las letras y de la filosofía, descollando en las escuelas que frecuentaba, y siendo una fundada esperanza para la Grecia literaria. En la hora de las mas risueñas ilusiones de gloria fijadas en un porvenir indefectible para quien á la posicion elevada unia el brillante talento, el Señor llamó la atencion de su fogosa y meditativa alma hácia el estudio de las sobrenaturales verdades. Figuróse oír una voz del cielo que con insistencia le invitaba á abrir el libro del Espíritu Santo y á buscar la plenitud del descanso en la ciencia divina. Entonces Tito leyó las antiguas profecías y la historia santa, viendo desarrollarse ante sí un horizonte estensísimo de emociones y espirituales delicias. Al propio tiempo, su tio carnal el procónsul de Creta, tuvo noticia del prodigioso nacimiento del Mesías y de los milagros que obraba en la Judea, por lo que se resolvió á enviar á su sobrino con la mision de observar directamente el desarrollo de la mision del *nuevo Profeta*, y de remitir una memoria luminosa sobre sus observaciones. Partió gozoso con este encargo, y llegado á Jerusalem no tardó en convencerse de la divinidad del Taumaturgo, que llenaba con sus palabras y con sus hechos el vasto país que santificaba con su presencia. Creyó y adoró. Pero hombres de su temple no abrazan una doctrina solamente para hacerla saborear á su corazon. Hay almas por naturaleza propagandistas. Tito aspiró á llevar al mundo entero la conviccion profunda de su espíritu. Creyente, entusiasta asocióse á la mision evangelizadora, y cuando Pablo empezó el ejercicio de su apostolado se adhirió á él sin reserva y sin limitacion. Pablo escogió á Tito por su consejero íntimo, por el amigo de su confianza, por su constante intérprete, como Pedro habia escogido á Marcos.

De ahí que Tito recorriera con Pablo desde Antioquía á Seleucia, á Chipre, á Salamina, á Pafos, á Pergulo, á Antioquía de Pisidia, á Listria y á Derba. Otra vez en Creta convirtió á Rutitio su pariente, que se atrevió á ridiculizar la conducta de ambos confesores. Tito fue constituido obispo de Creta y de todas las islas adyacentes. Organizó allí aquella cristiandad naciente y partió con Pablo á recorrer la tierra. Por orden del Apóstol pasó á la Dalmacia. Pablo sentia por Tito el cariño engendrado por la caridad. Llámale «su hermano,» «cooperador de sus trabajos,» «corazon ardiente de celo para la salvacion de las almas.» En sus grandes apuros la presencia de Tito le reanimaba y le sostenia. Asistió Tito al Concilio de Jerusalem para decidir la cuestion suscitada sobre las observancias legales. Abogó allí por la santa libertad del Evangelio, librando á los fieles de aquellas cargas, que no tenian razon

(1) Hé ahí el texto de una antífona incluida en aquel interesante documento: *Dominicis plenissime imbutus sacramentis at ipsum sanctissima cœnæ convivium á Domino deputatus est officio legendi; cum Petro Apostolo Romam venit.*

de ser despues de finalizado el período figurativo del mosaismo. El Concilio apostolico sancionó las doctrinas y aspiraciones de Pablo y de Tito sobre este punto. Pablo le envió de Efeso á Corinto como un ángel de pureza y conciliacion. A su soplo celestial purificóse aquella atmósfera corrompida por graves escándalos dados por algunos de enfermizo y rebajado espíritu, incapaces de elevarse á la sublime region de la moral cristiana. Tito obró allí milagros de santidad. Atrájose las voluntades de todos, cautivó á su palabra los mas discolos y protervos, y coronó su triunfo por una elocuente expresion de misericordia. A su ruego hasta el incestuoso fue perdonado. Los de Corintio sintieron por Tito el mas puro y encendido entusiasmo. El Apóstol le dirigió aquella célebre carta, en que traza á grandes é inspirados rasgos la fisonomía indispensable al verdadero obispo.

Despues del martirio de Pablo, Tito se limitó á gobernar y adoctrinar á los cretenses; la tradicion cita varios hechos prodigiosos con que el Señor le concedió confirmar su palabra. No es ni siquiera discutible que fuera ajeno su corazon á las grandes tribulaciones que amargaron el de Pablo.

Crecencio fue otro de los colegas de Pablo en la evangelizacion de las naciones. Siguió á JESÚS en sus predicaciones, presenció sus milagros y su triunfo, evangelizó el Asia, la Macedonia, la Iliria y cuando su amigo el Apóstol fue encarcelado, partió para las Galias, donde fundó la Iglesia de Viena en el Delfinado (1). Estendió luego su accion, y segun testimonio de san Ruperto, Crecencio predicó la fe en Maguncia y Colonia. Vino á España (2) con el Príncipe de los Apóstoles, al que acompañó al Africa. Pedro le instituyó obispo de Cartago, siendo el fundador de las Iglesias de aquellas islas, que tan gloriosas fueron en los anales cristianos. Allí sufrió varonilmente el embate de aquella persecucion que sacrificó en aras del furor idolátrico hombres celosos como Teodoro, discípulo de Santiago, Serapion, Ammonio y otros. Pasó de Cartago, donde dejó un sucesor, otra vez á Viena, de Viena otra vez á Maguncia, de Maguncia al Asia Menor, episcopando en Calcedonia, ó en Cálcede. Su actividad prodigiosa le permitia ser como un genio protector de las cristiandades que formaba en las regiones mas distantes entre sí. Sus alas todo lo amparaban, su doctrina y caridad todo lo iluminaban. Imágen del Espíritu Santo, que le habia constituido obispo, llenaba con su espíritu el orbe terrestre. Trajano le dió la palma conquistada por su apostolado, Maguncia pretende haber sido el teatro de su martirio.

No fue menos fecunda la mision de otro discípulo de JESUCRISTO, llamado Tadeo. No el Apóstol, sino otro distinto, segun opinan los mas autorizados críticos. En la *Historia eclesiástica*, por Eusebio de Cesarea, se lee la siguiente interesante página: «La divinidad de nuestro Salvador y Maestro era tan evidenciada por los milagros obrados por su poder, que confluían á su Persona innumerables extranjeros, procedentes de países muy distantes de la Judea por la esperanza de verse curados de las enfermedades y otras molestias. Abgaro, que gobernaba con tino su pequeño estado, estendido mas allá del Eufrates y que se hallaba atacado de incurable dolencia, teniendo noticia, por el uniforme relato de muchos testimonios, de las curaciones milagrosas por el Señor obradas, le escribió suplicándole tuviera la bondad de aliviarle. El Salvador, en vez de ir, le honró con una carta, en la que le prometia enviarle uno de sus discípulos, que le curaria y procuraria su salvacion y la de los suyos. Esta palabra fue cumplida, pues, despues de su resurreccion y ascencion, Tomás, uno de los doce apóstoles, envió á Tadeo, uno de los setenta y dos discípulos á predicar el Evangelio á Edesa, en cumplimiento de la promesa de JESÚS. La memoria de este milagro se conserva en los registros ó archivos de Edesa, que contienen las actas de Egbare. De allí yo saqué su carta y la respuesta del Salvador, que he traducido del siriaco (3).»

(1) *Las antigüedades de la Iglesia de Vienne*, por de Bosch, contiene una carta de Pablo II á Carlo Magno en la que se dice que esta Iglesia tuvo por fundador san Crecencio, colega de los Apóstoles.

(2) Metaphraste.

(3) El texto de las dos cartas á que alude Eusebio de Cesarea es el que sigue: «Abgaro, rey de Edesa. A JESÚS, Rey bondadosísimo aparecido en Jerusalem: salud. He sabido los hechos portentosos y admirables curaciones que llevais á cabo sin echar mano á yerbas y

El Evangelio habla en efecto, de la impresion que la fama de los portentos de JESÚS causó en las diferentes regiones de la Siria, país que comprendia en su vasta estension las provincias de Idumea, Palestina, Celesiria, Fenicia, la Siria de Damasco, la Siria de Antioquía, la Mesopotamia y otras. Edesa venia comprendida en este privilegiado territorio, y Abgar, enfermo, pudo aspirar y naturalmente aspiraria á participar de las gracias acordadas por JESÚS á sus compatriotas y quizá á alguno de sus dependientes. Nada mas razonable, que no pudiendo trasladarse personalmente á Jerusalem á causa de sus achaques aquel Rey ó señor principal (1) enviara una invitacion respetuosa al divino Taumaturgo. Los críticos modernos formulan vagas objeciones contra la autenticidad de aquella correspondencia. Sin embargo la admiten además del citado Eusebio de Cesarea, san Efrem, el conde Dario, en una carta dirigida á san Agustin, Teodoro *el lector*, en una carta al papa Pascual, el papa Adriano en una carta á Carlomagno, Cedreno, Procopio, Juan Damasceno, Evagro, Gretser, Tillemont, y Bergier, en su *Diccionario teológico*, Peignot, en sus *Investigaciones históricas sobre la persona de JESUCRISTO*. Un monumento literario célebre del primer siglo, *Las historias apostólicas*, escrito por Abdias, del que nos hemos ocupado antes, consigna este relato hasta en sus detalles. El Dr. Sepp, ilustrado y ortodoxo teólogo contemporáneo, admite sin vacilacion la realidad de aquel glorioso episodio.

Tadeo cumplió con el rey Abgar III la mision que JESÚS le confió. Predicó á él y á su pueblo la divinidad del Mesías, y su predicacion obtuvo eco en el corazon de aquel soberano y de su pueblo, que pronto se distinguió por las manifestaciones de la piedad cristiana.

—«Hé sido enviado acerca de vuestra persona, dijo Tadeo, porque habeis creido en el Señor JESÚS, y si creeis en Él cada dia mas, vereis cumplidos todos vuestros deseos.

—«He creido de tal manera en Él, contestó el Rey, que deseé atacar con mis armas á los judíos que le crucificaron; solo me detuvo el temor de la potencia romana.»

Tadeo predicó á aquel pueblo la doctrina enseñada por JESUCRISTO á los discípulos; la elocuencia de su palabra unida á la atraccion de su santidad fue un admirable instrumento para la fecundidad de su mision. La gracia produjo inmediatamente ópimos, hermosos, abundantes frutos.

Además de los discípulos mencionados contiene el catálogo de los setenta y dos, los nombres de Tercio ó Terencio, de Artemas de Aristóbulo, de Jesús el Justo y de Valerio.

Terencio, tan amigo de Pablo, que mereció ser escogido para ser su secretario en la redaccion de la carta canónica á los romanos, varon apostólico que selló su carrera santa muriendo á semejanza del divino Maestro, coronada la frente de espinas; Jesús el Justo, elegido por el Salvador para acompañarle en su peregrinacion, fue otro de los cooperadores del apostolado de Pablo. «*Jesús llamado el Justo*, dice este en su carta á los colosenses, *os saluda, con Marcos, primo de Bernabé. Son del número de los circuncisos. Los dos unidos que ahora trabajan conmigo para propagar el reino de Dios, y que me han servido de consuelo (2).*»

á otros remedios. Se me asegura que devolveis la vista á los ciegos, que haceis marchar rectos á los cojos y estropeados, que limpiáis á los leprosos, que arrojaís á los demonios y espíritus impuros, que concedéis salud perfecta á los que sufren largos é incurables males y hasta que resucitáis á los muertos. Comprendo que obrando estos portentos debeis ser un Dios, ó que sois el hijo de Dios, que habeis querido descender del cielo para obrar tamañas maravillas. Este es el motivo por el que me atrevo á escribiros esta carta suplicándoos respetuosamente que os tomeis la pena de venir á verme, ó de venir á mi casa y de curarme de una enfermedad que me atormenta cruelmente. He oido decir que los judíos murmuran contra Vos y hasta que urden maquinaciones para perderos. Yo poseo aqui una quinta, que aunque pequeña, es bastante agradable y cómoda, suficiente para ambos.»

Jesús contestó: «Bienaventurado de vos, Abgar, por haber creido en mí, sin verme. Pues de mí está escrito: que los que me habrán visto no creerán en mí, y que los que no me habrán visto creerán y serán salvos. En cuanto á la súplica que me dirigís de venir á encontraros, me es preciso cumplir aqui el objeto de mi mision, y que luego vuelva á Aquel que me envió. Cuando habré vuelto os enviaré uno de mis discípulos, que os curará, y os dará la vida á vos y á todos los vuestros.»

(1) Edesa de Mesopotamia se llamaba antes *Bombyce* y *Hierapolis*, despues se llamó tambien *Justinopolis*, y hasta fue conocida por *Ourfa*. Aquella ciudad tuvo rey, desde que fue conquistada por los árabes, cuando las escisiones de los seleucidas á causa de la sucesion de Antioco. La dinastía que se fundó allí fue la de los *Abgar*, por llamarse así el primer monarca. Abgar II se posesionó por conquista de toda la provincia de Osroene. Sesenta y cuatro años antes de nuestra era este rey contrajo alianza con Pompeyo contra Tygrano el Grande, rey de Armenia. En las guerras de los romanos contra los partos simulóse partidario de Craso, mientras sostenia correspondencia secreta con aquellos, correspondencia que causó la derrota de sus aparentes aliados. El nieto de este fue Abgar III, á quien dió celebridad Eusebio consignando en su *Historia eclesiástica* la correspondencia con Jesús, que motiva estos párrafos.

(2) Ep. ad coloss.

Este discípulo fue instituido obispo de Eleutheropolis, cuyos habitantes todos convirtió á la fe de JESUCRISTO.

Artemas evangelizó las fronteras de la Licaonia, alcanzando completa victoria de las preocupaciones idolátricas al través de imponentes amenazas y de tempestades desencadenadas.

Aristóbulo fue compañero inseparable de Pablo. Recorrió con él casi todo el orbe entonces conocido. Mereció apacentar una parte de la grey en Roma congregada, esto es, una de las mas notables parroquias primitivas establecidas en la santa ciudad. Pedro el envió á Inglaterra, país entonces aun no civilizado. Al imprimir en aquellas salvajes playas la planta de sus piés hermosos, porque eran de un gran evangelista, fue recibido con desden, con encono, y tratado bárbara, cruelmente. Su teson heroico consiguió imponer respeto á los adversarios de la luz, que al fin le escucharon y muchos se convirtieron. Empezó entonces la formacion de la Iglesia británica á la cual Aristóbulo dotó de un cuerpo sacerdotal edificante. Muchos dias gloriosos debió dar á la Iglesia aquella cristiandad, que pobló de santos la inhospitalaria isla. En ella fue martirizado el celoso Evangelizador, siendo por lo tanto el protomártir del innumerable ejército de mártires que desde aquellos dias á los dias protestantes ha dado Inglaterra á la santa bandera apostólica.

Segun algunos autores, Aristóbulo fijó en Londres su silla episcopal; Alford pretende que no la fijó en ninguna localidad especial, apoyándose en el hecho de haber muerto en Glaston (*in agro somersetano*) segun el martirologio romano; los griegos le llaman simplemente *obispo de Bretaña*. Los ingleses consignan que su primer obispo era ciudadano romano, como Pablo; que procedia de noble alcurnia; que se despidió noblemente de Bernabé, su hermano, dejándole en la isla de Chipre para consagrarse exclusivamente á la cristianizacion de las islas británicas.

Valerio fue el discípulo del Señor enviado por Pedro á la conversion de la Bélgica. Su predicacion fue tan eficaz, que en aquel país y en la vecina Germania los cristianos superaron pronto en número á los gentiles idólatras. Tréveris fue el centro de su propaganda religiosa, la silla episcopal desde cuya altura hizo irradiar el fuego de su unidad, la luz de su doctrina. Ayudáronle en su difícil y espinosa tarea Eucario y Materno: Dios comunicó á los tres hombres apostólicos el don de confirmar con milagros la verdad de las enseñanzas que predicaban. Por esto los pueblos siguieron dóciles la sombra plácida de sus pastorales cayados.

Una mirada sintética al grupo de hechos maravillosos que aparece en el cuadro de estos setenta y dos escogidos, los rasgos característicos de cuyas biografías acabamos de trazar, dará una idea correspondiente á la grandeza de la obra planteada por el Maestro divino. Inmensas dimensiones quiso dar el Verbo al edificio moral de su Iglesia, por esto aparecen tan anchurosas las bases en que plugo apoyar sus columnas. Debían ser tan fuertes como que destinábales la providencial mano á sostener el perpétuo choque de las oleadas del mundo y del abismo. El discipulado de Cristo es un cuerpo venerable, que constituyó en el origen del Cristianismo una escuela que en sublimidad y solidez de doctrina, en consecuencia y justicia de moral, y en valor y santidad personal se presentó revestida de una superioridad infinita con respecto á las escuelas filosóficas aparecidas y por aparecer. Egipto y Grecia hubieron de reconocerse vencidos por el Cristianismo, que oponía á sus elucubraciones científicas, á sus doctrinas incompletas, á sus sistemas vacilantes y á sus discipulados sin disciplina, un símbolo claro, explícito, definido, que abarcaba en sus dogmas con admirable claridad y concision la resolucion de todas las cuestiones suscitadas y suscitables por la inteligencia huma-

na. Nada de oscuridad ni de ambigüedades, unidad y universalidad de afirmación, sencillez de enunciación, un sistema luminoso y consecuente, cual reclama una doctrina formulada por el magisterio soberano de Dios, hé ahí los caracteres de la enseñanza de este discípulado, compacto, unido, enlazado fuertemente por el vínculo del amor puro á la verdad resplandeciente. El mundo científico no había visto hasta entonces una escuela formada por discípulos congregados no solo para aprender y enseñar, sino ante todo para practicar, y hasta dispuestos á sacrificarse en la defensa de sus convicciones.

El género humano no comprendía la sublimidad del sacrificio de aquellos varones distinguidos por la fe, y menos se hallaba dispuesto á apropiarse una moral basada en la esclavitud de las pasiones divinizadas por la idólatra sociedad. De ahí la lucha ardiente y sangrienta que hubieran de sostener los adalides de la reforma cristiana.

Solo la penetración perfecta de la divina tarea que les confiara el Redentor pudo darles una superioridad incalculable respecto á los esfuerzos de los adversarios. Sabían, porque el espíritu del Señor les infundió de ello perfecta idea, que las semillas que iban á esparcir por toda la tierra la hermopearían con virtudes celestiales, no aclimatadas en el desierto del paganismo, y tomando prestadas á la caridad angélicas alas volaron por sobre los escollos levantados por la malicia y la astucia de los incrédulos ó impíos. No hubo para ellos fronteras ni playas; no hubo distinción de razas ni colores; no hubo griegos ni romanos. El hombre, solo el hombre, pero todo el hombre y todo hombre fue el objetivo de los trabajos evangélicos de los discípulos amaestrados por la sabiduría encarnada.

La vista de los grandes prodigios de JESÚS, las multiplicadas pruebas de su divinidad, el poder profético y milagroso que él les había comunicado, les penetraron de una fe viva y tan decidida, que sufrir por la fe era para ellos la satisfacción cumplida de su aspiración más profunda. Atestiguar la verdad de la enseñanza cristiana al través de las persecuciones, de las fatigas, de los oprobios y hasta por la efusión voluntaria, libre y generosa de su sangre constituyó el bello ideal de aquella pléyada de confesores, casi todos mártires.

De ellos fue escrito: *viviendo en la tierra plantaron la Iglesia con su sangre*, y esto otro: *Presentábanse ante los consejos ó tribunales alegres por haber sido encontrados dignos de sufrir oprobios por el nombre de JESÚS.*

Constábales que no podían aspirar á ninguna recompensa terrenal por sus sacrificios tan humanitarios como religiosos. No obstante trabajaban regocijados, pues sus aflicciones presentes eran la garantía de la fidelidad de sus trabajos, habiendo sido escrito: *en verdad, en verdad os digo, que vosotros llorareis, os contristecereis, mas el mundo se alegrará... Vendrá día en que quien quiera que os mate opinará que presta un homenaje agradable á Dios.*

Este es el programa del discipulado. Aceptándolo esparciéronse por la redondez de la tierra, hasta sus extremidades, las semillas de la palabra divina y de la civilización social. Jerusalén, Roma, Atenas, Antioquía, Tebas, Cartago, Bizancio, Corinto, Tiro, Alejandría, Chipre, Cartagena, las islas todas y todos los continentes conocidos fueron simultáneamente evangelizados.

V.

EL APOSTOLADO.

Situación política, moral y religiosa del mundo, cuya conquista fue confiada por JESUCRISTO á los Apóstoles.—Augusto y JESUCRISTO.

JESUCRISTO mandó á sus Apóstoles la conquista moral del género humano. No puede comprenderse la inmensidad de la divina consigna sin echar una mirada atenta á la situación del mundo que debía ser conquistado, en el momento histórico en que fue dada á los soldados de la palabra la orden de marchar. Vasto es el campo que debemos recorrer, y preciosas han de

ser las consideraciones que va á dictarnos esta parte de nuestros estudios. Han creído algunos que la sociedad pagana habia caído en un estado de decrepitud en que, agotadas las fuerzas de su virilidad, solo era capaz de oponer la inercia de un cadáver, á la accion política ó religiosa que intentara hacerla objeto de determinados ensayos. Fuera esto exacto y apareceria notablemente disminuido el portento de la conversion social. La historia de aquellos tiempos nos ofrece documentos bastante elocuentes para obligarnos á afirmar que la constitucion de la sociedad, señalada á la accion apostólica para trasformarla y convertirla, entrañaba elementos de resistencia tales, que su trasformacion y conversion á las ideas y leyes del Cristianismo habia de ser una obra sobrenatural y prodigiosa.

Para facilitarnos la tarea de esta demostracion y simplificar á nuestros leyentes la concepcion verdadera del asunto, consignamos un hecho indiscutible. La civilizacion dominante en los dias en que se originó el apostolado, era la romana. Roma habia avasallado Cartago y Atenas; el mundo entonces conocido estaba á sus piés. Examinar el poder doctrinal, político y religioso de Roma equivale, pues, á obtener completo conocimiento de la vida y de las fuerzas que tenia frente de sí el Cristianismo. Datos tenemos para dejar fuera de toda discusion cuán poderosos eran los elementos que la gentilidad poseia para oponer á la propaganda evangélica.

Al nacer JESUCRISTO empuñaba el cetro de Roma un soberano, cuya gloria reconocieron todos los siglos, á cuyo nombre la posteridad rinde homenaje de consideracion distinguida. La virilidad militar y política de César-Agusto no revela por cierto, postracion, ni decadencia en el pueblo sobre el que imperaba; la paz conseguida al resplandor de su autoridad, atestigua con su universalidad, un poder y una influencia moral vigorosa, como quiera que no era un solo pueblo, sino una multitud considerable de pueblos, de razas diversas, los que sometidos cual compacta haz, obedecian, y hasta se fundian en el crisol, enardecido por el sople enérgico y perserverante de la política romana.

La influencia de Roma llegó á su apogeo en los dias de Augusto, entre cuyas venturas, contó la de poder saludar el gran dia de la paz universal. El genio humano no ha visto jamás reunidas tantas grandezas terrenales como los que agrupadas se hallaban á la sombra del Capitolio, formando el deslumbrante pedestal del imperio de Octavio. Inmensa era la fortuna de la ciudad, presidencia del universo. César le habia legado el fulgor de la espada mas brillante aparecida en el teatro de la guerra universal; Ciceron le habia legado el mágico recuerdo del acento mas irresistible que oyeron las tribunas de todos los pueblos; el foro, iluminado por la filosofía del derecho de que fueran lumbreras Crassus Dives, Calon, los Mutius Scævola, Sulspicius, le legó la gloria incomparable de la jurisprudencia típica de las civilizaciones del porvenir. Las escuelas helénicas habian aportado de los montes griegos raudales de ideas, que elevaron la inteligencia romana casi al nivel de su soberanía militar. Las artes diseminadas por los países conquistados formaban en Roma una esposicion universal permanente. De Roma partian, como del centro del mundo, formando estratéjica red, innumerables vias, ó carreteras, que llevaban al corazon la sávia de todas las ramas del árbol social, y por el que el corazon de la sociedad enviaba hasta las extremidades de la tierra la sangre vivificante. Todas las religiones enviaron allí imágenes de sus genios y de sus dioses. «Al arte, á la elegancia de la Grecia, ha escrito un historiador concienzudo, á sus poéticos desórdenes, á su degradacion seductora, Roma agregó la fuerza, la energia: el genio helénico llevó hasta al *non plus ultra* el culto de la materia; produjo la Grecia todo cuanto es capaz de inventar mas completo y embelesante la imaginacion humana, riqueza sorprendente, fecundidad creadora, inspiracion admirable. La forma alcanzó allí la belleza ideal. Roma vino á engrandecerlo todo con el poderío de su grandiosa y real magnificencia.»

El apogeo de tanta grandiosidad estuvo reservado para constituir la auréola del vencedor de *Actium*. «Las letras, las ciencias, las artes, han dicho los Riancey, sembraron las glorias que debian florecer ante el carro triunfal de Augusto.»

Roma tenía la misión de unificar con su espada y con su política al mundo, superando así suavemente el triunfo del Evangelio. Sin saberlo facilitaba la conquista apostólica de las naciones. La obra iniciada por Rómulo recibió el perfecto coronamiento por Octavio Augusto. Siete siglos de combate dieron por resultado la unificación social.

Por intrincados caminos condujo Dios á la sociedad romana. En las imponentes tempestades desencadenadas contra la nave Roma, siempre se hace visible la mano conductora de la Providencia. Si un día los volsgos dominan aquella vacilante y descompuesta sociedad, un influjo misterioso los ahuyenta en la víspera del triunfo definitivo; si otro día los galos victoriosos acampan sobre los escombros de la reina de las ciudades, el cielo suscita á Camilo, que los ahuyenta y declara «que es debido al Dios bondadoso y siempre grande la salvación del pueblo romano en medio del extremo peligro que ha corrido (1).» Si la formidable insurrección de los esclavos cubre de ruínas y de ceniza el suelo de la república y amenaza la existencia de sus añejas instituciones, el pueblo espontáneamente reconoce que al Señor supremo del cielo y de la tierra es debida la salvación de la patria (2). Obra de una especial protección de la divinidad, dice Cicerón, es el origen, el desarrollo y la conservación de nuestro inmenso imperio. «Los mismos paganos reconocían una acción sobrenatural manifestada sobre la marcha política y social de Roma. A la gran república estaba reservada una elevada misión.» «La tierra, escribe el abate Le Roy, se hallaba cubierta de Estados que unos á otros se devoraban; los pueblos todos entregábanse á la iniquidad, debilitábase el papel de los reinos protectores de la Judea, pues el uno le era perjudicial, el otro infiel. Urgía poner fin á las injustas persecuciones y continuar por algún tiempo una saludable protección; en el Norte y en el Mediodía dominaban costumbres escesivamente bárbaras, hábitos extraordinariamente salvajes, que convenía reformar, para que no fueran un obstáculo permanente á la propagación ó á la práctica de las verdades nuevas; como importaba imponer silencio á los clamores de discordias y disensiones que, preocupando á los hombres, turbaban la esperanza general del Oriente (3).»

Roma, dijo el viejo Plinio, fue escogida por la Divinidad para reunir los dispersos reinos, dulcificar los rudos usos, inspirar sentimientos humanitarios, desvanecer la discordancia de lenguas bárbaras; en una palabra, para dar en corto espacio de tiempo á todas las naciones de la tierra una sola y misma patria (4). Y después Orígenes escribió: «Queriendo Dios preparar las naciones para la recepción del Verbo, sujetólas á un solo príncipe, formó, en cierto sentido, un solo cuerpo con todas ellas, evitando que la diversidad de dominación sirviera de obstáculo á la predicación de los Apóstoles, á los cuales había de pertenecer el universo mundo (5).» Daniel había previsto la unidad social realizada por el imperio romano.

Al sonar la hora de la redención humana, el pueblo al que tan gloriosos destinos le reservaba la Providencia, debía disfrutar de la más plena vitalidad. La preparación árdua y laboriosa llevada á cabo durante seis siglos dió prodigiosamente á Roma el más completo triunfo. El África y la España, Macedonia y el Asia se le sometieron. El mundo entero le pertenece. Á la sombra de su cetro enmudecen las pretensiones de los pueblos más altivos, renuncian á sus proyectos nacionales los reformadores más tenaces, los reyes deponen las coronas heredadas ó conquistadas á los pies de sus caudillos triunfantes. La espada de Roma es la reina absoluta del mundo; pero lo es para abrir paso al reinado universal de la Cruz. Sí: Roma, dice el citado Le Roy, dirige su espada hácia el Mediodía, y el poder de Cartago se derrumba; la dirige sobre el Levante, y la Grecia pierde su independencia; la arroja sobre los reinos asiáticos, y los Estados de Mithridates, ilustrados por su valor, los de Antíoco, afianzados por su larga prosperidad, son presa del vencedor. La conquista del Egipto sigue á la de Siria, realizán-

(1) Tito Livio.

(2) *Ibid.*

(3) Le Roy, *Filosofía de la Historia*, t. II.

(4) Plinio el anciano, lib. III.

(5) Orígenes contra Celso.

dose aquella profecía: «Los reyes del Aquilon y del Mediodía meditarán mal uno contra otro, mas no podrán realizar sus proyectos, pues el fin está fijado para otro tiempo... los romanos vendrán y los dominarán. Todo concurrió á la universal dominacion de Roma; las faltas de los monarcas que el Señor obcecó, porque queria perderlos, y la debilidad de los Estados, cuyos apoyos quitóles porque habia decretado su ruina; las súplicas de proteccion á las que correspondian armadas invasiones y hasta los tratados de alianza, que, como en Judea, provocaron el avasallamiento.

«César, dice Mr. de Champagny, fue grande como instrumento de la Providencia en una época en que la Providencia iba á aparecer visible en el mundo. César no se presentó como á Salvador, pero los pueblos le saludaron con este título, porque sentian la necesidad de un salvador. César recibió la mision de preparar materialmente los caminos al Cristianismo: pues la historia cristiana y la historia profana de aquel siglo, que á simple vista aparecen recorrer independientes órbitas, ofrecen no obstante varios puntos de íntimo contacto (1).»

No, no era la débil mano, representacion de un poder enfermizo, la que empuñaba el centro del mundo político al nacer el Redentor. Octavio, César-Augusto personificaba la prosperidad y el poder del reino mas estenso hasta entonces aparecido.

Tracemos algunos rasgos característicos del soberano á cuya sombra orientó la luz viva que esperaba desde su cuna el género humano. El buen sentido cristiano enseña que el monarca, entre cuyos súbditos quiso contarse CRISTO, habia de ser un monarca gloriosísimo.

La unidad romana quedó garantida por la famosa victoria de Actium, que aseguró á Octavio la colosal fortuna de su poder. Despues de ella los pueblos vinieron en tropel implorando la amistad del vencedor.

Roma, enloquecida por la magnitud del triunfo, decreta su apoteosis. Senado y pueblo la reciben con una efusion que escede á las ovaciones dedicadas á otros héroes. La patria agradecida se arroja á sus brazos y le confia sus propios destinos, que son los destinos del mundo.

Octavio se elevó por la astucia política á una altura superior á la que alcanzó César por el genio militar. Sin el talento de este, sin su chispa abrasadora, sin su mirada dominante y universal, poseia la sagacidad y la malicia de lo que hoy se llama un verdadero hombre de Estado. César tenia el pensamiento en los labios, Octavio lo ocultaba en su corazon. César redactaba en alta voz el programa del porvenir, Octavio no dejaba oír á los soldados y á los ciudadanos sino lo que el frio cálculo le demostraba ser conveniente que oyeran. Octavio se sentia apasionado por el poder, empero sabia imponer silencio á su apasionamiento y simular glacial desden por lo que era objeto de sus ansias fervorosas.

Cuando Roma le ofreció en perspectiva la adjudicacion de la soberanía ilimitada, Octavio sabe retroceder como espantado. Solo *se resigna* á aceptar los títulos de *emperador* y de *príncipe del Senado*. Es que aquel le aseguraba el mando de las armas, este la dominacion de los votos. En lo demás se mantiene dentro la esfera de una modestia sorprendente. Á los requerimientos del Senado para que se digne empuñar las riendas de la república, Octavio vacila, y solo cede ante las manifestaciones irresistibles de los poderes populares, y con el propósito de «organizar el Estado.» Tarea importante que se propone realizar en diez años, que es el período por el que se compromete á cargar con la cruz del imperio. Trascurrido el período, Octavio anuncia que va á deponer el yugo de su gloria á los piés del Senado, pero nuevas instancias le obligan á prolongar por un decenio mas el sacrificio: al fin ¿no era un compromiso de honor conservar el órden establecido? Octavio obtenia de esta manera la perpetuidad del poder sin sublevar los ánimos por el manifiesto de su aspiracion.

El Senado se empeñó en reunir en las manos del resignado Emperador todas las magistraturas á la vez. El *príncipe del Senado* resiste, el pueblo insiste, y vencen los ruegos de Roma. Empero es tan escrupulosa la conciencia de Octavio, tan profundo es el respeto que profesa á las instituciones que ampara con su égida, que imagina una ficcion legal para no despojar

(1) De Champagny, *Les Césars*.

á los ciudadanos del imperio del ejercicio de unas funciones que vinculaban la salvaguardia de los derechos cívicos. Así no aceptó la *censura*, porque el censor habia de ser un ciudadano, aceptó la *prefectura de las costumbres*; no aceptó el *consulado* por idéntica razón, sino la *autoridad del consulado*; no el proconsulado, pero sí la *autoridad proconsular* (*proconsulare imperium*). En vez de llamarse tribuno, quiso se le designara como á autoridad *tribunicia*. Aceptó la autoridad, no la cosa. Y supuesta esta fórmula sutil, se avino á aceptar hasta la perpetuidad del título.

El heredero de César se halló en virtud de este recurso en posesion de la autoridad mas estensa que puede imaginarse. «Emperador, es el jefe de todos los ejércitos; ejerce en Roma, en Italia, en las provincias el mando con todos los derechos y prerogativas á él inherentes en aquel tiempo y en aquel país. Príncipe, empuña las riendas del primer cuerpo del Estado, es el primer ciudadano. Prefecto de las costumbres, ejerce el poder constituyente. Cónsul y pro-cónsul es el jefe del órden civil, pertenécele la iniciativa y la ejecucion de las leyes, se encuentra á la cabeza de la administracion y de la justicia de todo el imperio. Tribuno, es inviolable y sagrado como el mismo pueblo, perpétuo como el pueblo, participa de la majestad del pueblo... y este vastísimo poder el pueblo se lo ha conferido y lo ejerce por medio del Senado, que da vigor á sus leyes y ratifica sus actos. Su gobierno radica en las tradiciones de la república, á cuya forma rinde homenaje respetuoso. Gran pontífice, despues de Lépido, jefe, por lo tanto, de la religion del Estado, esmalta todos sus poderes políticos con la santidad del ceremonial religioso (1).»

Octavio tuvo sagacidad bastante para llevar á cabo una modificacion del Senado. Los miembros de aquel elevadísimo cuerpo que menos garantías ofrecian de fidelidad fueron mañosamente eliminados; la iniciativa de las leyes fue pronto exclusiva del Emperador, y el Senado se vió reducido al carácter de cuerpo consultivo. La organizacion del imperio reservaba para el jefe la unidad y el vigor de la accion. Las provincias guerreras y fecundas fueron sometidas á militares adictos, *propetores* investidos del derecho de vida y de muerte sobre los súbditos; solo las indefensas é inofensivas regiones se confiaron al gobierno de los senadores.

Los verdaderos plebiscitos cayeron en desuso. Los *senatus consultus* recibian de la plebe silencioso acatamiento, porque era sabido que las leyes del Senado expresaban simplemente la voluntad de su *príncipe*.

La organizacion del ejército fue otro de los temas á que dedicó su atencion soberana. Cuatrocientos cincuenta mil soldados formaron el ejército romano, que reunia ya los caracteres de permanente. Octavio depuró la disciplina militar y convirtió en provechosa la carrera de las armas. Veinte y cinco legiones y otros tantos cuerpos auxiliares fueron distribuidos en campos estacionales sobre las dilatadas fronteras. El mar interior se hallaba dividido por tres flotas poderosas, mientras una cuarta escuadra cruzaba en Puente Euxinio. Una cohorte distinguida tuvo por destino guardar y escoltar la majestad de la persona imperial.

No se descuidó el cultivo de la hacienda, que quiso regularizar en cierta manera, partiendo de la idea de una especie de presupuesto, basado en la diversidad de contribuciones, de carácter industrial unas, mercantil otras, rentístico otras y personal otras. La capitacion fue conocida de Octavio, la cuota profesional lo fue asimismo. Las provincias agradecieron á su administracion el establecimiento de una regla fija que limitó la absoluta arbitrariedad hasta entonces reinante. Organizóse el *erarium*, tesoro del Estado, y el *fiscus*, tesoro del príncipe, bien que en la práctica el fisco y el erario vinieron á confundirse en manos del Emperador, pues sus órdenes económicas eran acatadas con prontitud y respeto como sus órdenes militares.

No es ajeno á nuestro propósito pintar la organizadora mano del príncipe que reinó sobre la cuna del Redentor, como quiera que estas observaciones constituyen un dato precioso en favor de nuestro aserto sobre el poderío y la virilidad de Roma en los dias de la conquista apostólica.

(1) Zeller, *Les empereurs*.

HISTORIA DE ESPAÑA, ILUSTRADA,

desde su fundacion hasta nuestros dias. Coleccion de litografias representando los principales hechos historicos de cada época, con texto al dorso, por D. Rafael del Castillo.

Sale dos veces al mes, en entregas con cubierta de color, formando cada entrega dos hojas dobladas, que contienen cuatro láminas de tamaño *mas de folio*, de papel bueno y fuerte, cual exige una lámina destinada, si se quiere, para ser colocada en un cuadro.—Al dorso de cada lámina, y á dos columnas, va su texto explicativo.

El precio de cada entrega es el de 5 rs. en toda España, remitidas por el correo ú otro conducto, de manera que no puedan malograrse.—En nuestras posesiones ultramarinas las entregas cuestan dos reales mas.—Van publicadas 68 entregas.

HISTORIA GENERAL DE FRANCIA

desde sus primitivos tiempos hasta nuestros dias, por D. Vicente Ortiz de la Puebla.

Cuatro tomos en folio, de abundante y clara lectura, impresos con tipos enteramente nuevos y en papel satinado, y adornados con mas de 1000 bellisimos grabados, entre láminas sueltas y viñetas, ó 300 entregas de ocho páginas á un real la entrega.

LA VUELTA POR ESPAÑA.

Viaje histórico, geográfico, científico, recreativo y pintoresco. Historia popular de España en su parte geográfica, civil y política, puesta al alcance de todas las fortunas y de todas las inteligencias. Viaje recreativo y pintoresco, abrazando: las tradiciones, leyendas, monumentos, propiedades especiales de cada localidad, establecimientos balnearios, produccion, estadística, costumbres, etc.—Obra ilustrada con grabados intercalados en el texto representando los monumentos, edificios, trajes, armas y retratos. Y escrita en virtud de los datos adquiridos en las mismas localidades por una sociedad de literatos.

Tres tomos en 4.º mayor, ó 364 entregas de 8 páginas, á medio real la entrega.—A los que se suscriban y no quieran tomar de una sola vez todas las entregas, se les facilitará ir adquiriéndolas á su comodidad.

EL REMORDIMIENTO Ó LA FUERZA DE LA CONCIENCIA.

Novela basada en el argumento del muy aplaudido drama italiano de Luigi Gualtieri, por D. Juan Justo Uguet.

Dos tomos en 4.º muy abultados con 20 preciosas láminas grabadas sobre boj representando los principales asuntos de la obra, á 78 rs. en pasta.—Tambien se facilita ir adquiriéndola por suscripcion, tomando, á comodidad del interesado, las 134 entregas de que consta, á medio real la entrega.

ILUSTRACION RELIGIOSA.—LAS MISIONES CATÓLICAS.

Boletin semanal de la Obra de la Propagacion de la Fe, establecida en Lyon, Francia.

Un tomo en folio con gran número de grabados intercalados en el texto, á 60 rs. en media pasta.

GALERÍA CATÓLICA.

Coleccion de litografias representando las principales escenas de la vida de Jesucristo, de su Santísima Madre, de la Iglesia católica y de los Santos: con texto explicativo y doctrinal al dorso de cada lámina, por los Rdos. P. M. Fray José Maria Rodriguez, General de la Orden de la Merced: D. Eduardo Maria Vilarrasa, Cura propio de la parroquia de la Concepcion de Nuestra Señora, en Barcelona, y D. José Ildefonso Gatell, Cura propio de la parroquia de San Juan, en Gracia (Barcelona); Monumento elevado á nuestro Santísimo Padre Pio IX, Papa reinante, y dedicado á los excelentisimos é ilustrisimos señores Arzobispos y Obispos de España. Con aprobacion del Ordinario.

Agotada la primera edicion de tan útil como lujosa obra, hemos emprendido una segunda, deseosos de complacer á las muchas personas que nos han indicado apetecian poseerla.—La obra consta de cuatro tomos en folio mayor, á 325 rs. en medio chagrin con relieves y dorados al llano; ó 49 entregas de 4 láminas cada una, á 5 reales la entrega en toda España.

VOCES PROFÉTICAS

ó signos, apariciones y predicciones modernas concernientes á los grandes acontecimientos de la cristiandad en el siglo XIX, y hácia la aproximacion del fin de los tiempos, por el presbítero J. M. Curicque, de la diócesis de Metz, miembro de la Sociedad de Arqueología y de Historia de la Moselle, miembro corresponsal de la Sociedad histórica de Nuestra Señora de Francia. Quinta edicion revista, corregida y aumentada. Traducida al español por el licenciado D. Pedro Gonzalez de Villaumbrosia, canónigo de la santa Iglesia Metropolitana de Zaragoza, Examinador Sinodal de varias diócesis, Misionero apostólico, etc., etc.

Dos voluminosos tomos en 4.º mayor, á 32 rs. en rústica y 40 en pasta.